

*M. L. S. Sorensen**

Arqueología del género en la arqueología europea: reflexiones y propuestas

¿Qué significa “una arqueología del género”?

Hoy en día el interés de la arqueología en el género se ha tornado un área de investigación establecida, aunque aún es un tema algo ambiguo, al mismo tiempo marginal y, sin embargo, de moda.

Por consiguiente, aunque se reconoce su importancia fundamental, la investigación al respecto todavía es insegura en nuestra disciplina. Además, hasta ahora los estudios más detallados se han ocupado de temas contemporáneos como las condiciones de trabajo y pertenencia a la profesión, o bien se han orientado al desempeño de la mujer en los periodos históricos más antiguos o en otras sociedades donde es posible la arqueología con ayuda de textos.

Lo anterior no significa que no pueda realizarse la arqueología del género, ni que sea imposible iniciar estudios sobre el género en el análisis del pasado remoto. Los avances y debates dentro de la arqueología de sexo han demostrado estos potenciales, pero también cuán complejos son los temas. Existen otros aspectos de sociedades del pasado (como la edad, el parentesco o el origen étnico) que son socialmente complejos y de difícil acceso por medio de objetos materiales o acciones físicas; pero ya estamos acostumbrados a reconocer su complejidad y los aceptamos como parte rutinaria de nuestro compromiso con el pasado. No obstante, el reconocimiento del género como un aspecto necesario de nuestra comprensión de sociedades pasadas es nuevo y con él ha surgido cierto grado de crítica, escepticismo y antagonismo, lo que ha hecho que nuestra disciplina perciba de manera distinta lo que está implicado al interpretar esta estructura social en sociedades del pasado.

La arqueología del género se refiere a la inclusión explícita del género en el estudio de sociedades del pasado. Siempre se ha reconocido la presencia de mujeres y hombres en el pasado y rutinariamente se les han asignado diferen-

* Cambridge University.

tes funciones y se les ha asociado con distintos artefactos en nuestra interpretación del pasado. Sin embargo, la primera vez que se identificó como problema este aspecto de las sociedades prehistóricas fue en el decenio de 1980, como resultado del movimiento de la mujer. Se sostenía que de manera sistemática se había excluido, borrado y hecho invisible a la mujer dentro de la profesión, en las presentaciones y en las reconstrucciones del pasado, y que eso significaba que nuestra perspectiva de la prehistoria era tendenciosa. Al mismo tiempo, se hizo hincapié en que el género es un constructo social a diferencia de la determinación biológica del sexo. Aunque muchas de estas afirmaciones iniciales se moderaron después, tuvieron una gran trascendencia, pues desafiaron las ideas acerca del hombre y la mujer, y su función y condición respectivos en la prehistoria, y demostraron con firmeza que era necesario investigar estas relaciones, en vez de basarse en suposiciones estereotípicas. Así se llegó al establecimiento de una nueva área de investigación, ya que el género se convirtió en una variable, más que en un concepto absoluto. El objeto de esta investigación era relativamente fácil de establecer: la introducción crítica de la mujer en la prehistoria y en la profesión. El artículo de Conkey y Spector de 1984 puede considerarse fundamental en este desarrollo. La evolución posterior del marco teórico y de las herramientas conceptuales y analíticas necesarias ha representado un mayor desafío.

El desarrollo de este campo recibe el nombre de arqueología del género o arqueología feminista. En ocasiones, estos términos se usan de manera indistinta, mientras que en otras se considera que se refieren a diferencias explícitas en enfoques y en el ámbito político. Existe también una tendencia de variación regional en su uso del término "arqueología del género", cada vez más usado en Europa. En Australia se usa con frecuencia la palabra feminista, pero no necesariamente implica una práctica de influencia feminista en específico. En los Estados Unidos la referencia a arqueología feminista, en contraposición a arqueología de

género, con frecuencia indica un uso explícito de crítica feminista. Como este campo de la arqueología está adquiriendo con lentitud cierto grado de madurez, es oportuno reconocer que los diferentes enfoques desarrollados y el mantenimiento de una distinción entre arqueología feminista y de género es útil para preservar una de las diferencias más básicas.

Así pues, debemos ver la arqueología feminista como aquella influida directamente por la crítica feminista en particular, en lo que a ciencia y conocimientos se refiere. Tiene por objetivo demostrar la presentación injusta e imprecisa de la mujer y mejorar la posición de ésta. Este objetivo significa que la arqueología feminista tiende a hacer hincapié en la mujer a través de medios que pueden compararse con una discriminación positiva.

Pretende actualizar la historia de la mujer, no dejando de lado al hombre, sino dándole prioridad a la mujer y, al hacer esto, supone que ésta tiene ciertas cualidades y características de comportamiento. Al orientarse hacia el cuestionamiento del control sobre las demandas de producción y validación de conocimientos, la arqueología feminista también se interesa tanto por la práctica de la arqueología como con la interpretación del pasado. Lo anterior ha dado origen a muchos análisis de temas de equidad y a algunos sobre epistemología y la naturaleza de la autoridad (por ejemplo, Wylie, 1991).

La arqueología del género, aunque resulta afectada de manera similar por los temas presentistas, muestra mayor interés por la relación entre hombres y mujeres como dinámica fundamental de la sociedad. Pretende entender cómo afecta esta relación a la sociedad, cómo puede expresarse y negociarse. Como campo de la arqueología, se interesa particularmente en cómo se expresan dichas relaciones en objetos materiales.

Estas diferencias tienen muchas raíces; algunas se relacionan con una sociedad más amplia en la que la arqueología equivale a prácticas y

otras se derivan de la organización y mentalidad de la disciplina en sí. A causa de tales diferencias, en este trabajo nos enfocaremos en la arqueología del género tal y como se ha desarrollado y practicado en Europa.

Al hacer una revisión de la importancia e influencia de la arqueología del género también sería provechoso considerar el doble carácter de la misma: está de moda y —pese a ello— marginada. En otra ocasión (Sorensen 1992) he sostenido que la expectativa de que la arqueología del género debe producir un pasado feminista radical y diferente ha sido una carga. La arqueología del género no dará por resultado un pasado alternativo; su efecto será más bien lograr una mejor identificación de los problemas al enfrentar al pasado. Otro punto débil ha sido la orientación hacia la mujer en vez de hacia el género y los esfuerzos relacionados para identificar a las mujeres en los registros arqueológicos y evaluar de nuevo su desempeño de una manera positiva confirmatoria. Sin embargo, estos aspectos de la arqueología del género, que ahora sugiero llamar puntos débiles o limitaciones, deben considerarse una etapa necesaria en el desarrollo de la arqueología del género, ya que fueron necesarios para que la arqueología del género encontrara su voz. Nuestra capacidad para descartar ahora dichas actitudes debe entenderse a la luz del desarrollo de un interés en el género más complejo en la disciplina. Por consiguiente, al revisar el estado actual de la arqueología del género en Europa siempre se debe estar consciente de su historia.

¿Por qué debemos tener una arqueología del género?

Detrás de cualquier consideración acerca de la arqueología de género yace la interrogante básica: ¿por qué son importantes las relaciones de género y qué relevancia tienen para el entendimiento de la dinámica en el pasado? En la actualidad, el género se reconoce como una parte natural y necesaria de cualquier teoría de relaciones sociales y la negociación de las relaciones entre sexos se considera un punto cen-

tral de la reproducción social. De ahí que cualquier estudio de la sociedad y, en particular, los estudios en los que se analiza el cambio social deban incorporar el género. Éste se encuentra profundamente arraigado en las formas particulares que asumen las sociedades y proporciona una estructura esencial de significado. La apreciación del género como una construcción (Conkey y Spector, 1984: 1) significa que debe confirmarse y construirse de manera continua en la sociedad (Moore, 1986) y, en el caso de los individuos, debe obtenerse y mantenerse. “El género no se refiere sólo a hombres y mujeres; es el resultado de las maneras en que juntos vivimos y construimos un universo a nuestro alrededor y, a través de eso, el género es una parte inconstante pero permanente de la historia y la vida” (Sorensen, 1986: 17). Percatarse de estas cualidades —más que “hacer visible a la mujer”— es la distinción más esencial en los enfoques arqueológicos recientes sobre el género respecto de puntos de vista anteriores. Se rechazan de manera contundente los papeles de género establecidos en el siglo XIX, dando paso a una nueva comprensión de la cultura y la historia.

La organización de las relaciones de género se relaciona con la mayoría de los otros aspectos de sistemas culturales del pasado y forma parte íntima de ellos. Por ende, parte de nuestra tarea consiste en “examinar los factores que influyen en la naturaleza de la relación entre mujeres y hombres, para evaluar las circunstancias en las que, como categorías independientes, ejercen poder e influencia y para investigar las formas en que las conformaciones del género afectan o estructuran las respuestas de grupos a las diversas condiciones en su entorno social o natural” (Conkey y Spector, 1984: 19). Por otra parte, el género es una diferencia situada y su investigación es esencial para la comprensión de contextos particulares y trayectorias históricas. Es más, los individuos engendrados son agentes sociales y los resultados de sus acciones intervienen en la formación de la sociedad. No obstante, sus actividades reciben la influencia tanto de su identidad personal (yo soy mu-

jer y no debo hacer esto, sino esto otro) como de su identidad reconocida socialmente (las mujeres son así y hacen ciertas cosas). Estas distinciones entre la ideología y la identidad del género son importantes para entender la interacción continua entre el yo y la sociedad, subyacente en el comportamiento normativo modelo.

Las relaciones de género en el pasado representan problemas particulares o campos de interés que no sólo ameritan sino que requieren sus propias teorías y metodologías. Debemos elaborar un marco para investigar —desde una perspectiva arqueológica— el género y las cuestiones relativas a él. Para ello no basta con cuestionar suposiciones previas (por ejemplo, que el hombre es cazador) o remplazar una interpretación absoluta y estática por otra. Dichas suposiciones y universalidades pueden debatirse, pero más allá del debate los factores que estructuran las relaciones entre los grupos con diferente organización en cuanto al género deben analizarse, y la mediación y transformación de esas relaciones, investigarse.

Debe examinarse la contribución potencialmente distintiva de la arqueología a dichos análisis. Por ejemplo, es de particular interés analizar la manera en que la cultura material llega a formar parte de la estructura de las relaciones sociales. Para entender la organización del género como parte de la historia y de los procesos históricos, es esencial considerar las normas sociales, las instituciones y las relaciones, y descubrir cómo se han reproducido con el tiempo. La cultura material ha desempeñado un papel esencial en dicha reproducción ya que los objetos vinculan generaciones y son fundamentales como portadores de la tradición. Mediante esos vínculos, la cultura material participa en la asignación de género a los individuos y en la presentación y preservación de las ideologías de identidad sexual, lo que significa que cada generación no inventa el mundo de nuevo, sino que las estructuras a largo plazo se desarrollan.

¿Qué abarca la arqueología del género?

Actualmente la arqueología del género abarca una variedad de temas analíticos que conveniría clasificar de la siguiente manera: *i)* historiografía, *ii)* equidad, *iii)* desarrollos teóricos y metodológicos, *iv)* interpretación del género. Comentaré de modo breve los primeros tres y luego abordaré con mayor detalle la interpretación del género mediante un análisis del papel de la cultura material en la construcción del género.

i) Historiografía y arqueología del género

La arqueología del género no ha dejado de estar consciente de su desarrollo y de sus raíces en las cuestiones sociales contemporáneas. Suele decirse que pasó por dos etapas en su historia (Wylie, 1991). La primera se relaciona estrechamente con el movimiento de la mujer en general y en Europa se encuentra de modo más evidente en Gran Bretaña y en Escandinavia, mientras que la segunda —durante la cual los intereses se interiorizaron en la disciplina— se ocupa de manera más amplia (y con frecuencia también más crítica) del proceso de engendrar el pasado y del compromiso profesional y la representación del pasado.

La primera etapa, inspirada por el movimiento de la mujer, se enfocó en la igualdad y su demanda en el sentido literal y simbólico. Lo anterior condujo a un acento en la visibilidad y provocó el remplazo del hombre por la mujer (por ejemplo, la mujer cazadora). Se interesaba por las tendencias en la interpretación de las diferencias entre hombres y mujeres y por la justicia (cuestiones de equidad). Pero era más sencillo comprender y obtener la visibilidad de la mujer insistiendo en que se trataba de seres diferentes, independientes. El objetivo explícito era demostrar y exigir la presencia de las mujeres como mitad del mundo, singulares y distintas, mas no como compañeras en la complejidad social ni como seres individuales. La presencia colectiva de la mujer no volvería

a obstaculizarse ni a silenciarse, y no se tenían en cuenta los detalles, las variaciones y los matices en las relaciones de género. Este manifiesto político resultó efectivo, pero debido a sus dejos y asociaciones políticas también hizo que las estructuras establecidas vieran con recelo estas demandas y se marginó a la arqueología del género. De manera que el nacimiento de la arqueología del género fue revolucionario desde el punto de vista político y social, pero al ser teórica y analítica tendía a ser pasiva y meramente reaccionaria en cuanto a las interpretaciones existentes, en vez de revisionaria y visionaria.

Las premisas básicas aplicadas a la reflexión sobre el hombre y la mujer en el pasado no estaban cambiando; sólo se cuestionó la asignación de papeles.

La segunda etapa se caracteriza por la identificación cada vez mayor de los problemas acerca de los conceptos usados y las reflexiones sobre la naturaleza del conocimiento. Hoy en día la arqueología del género declara que su objetivo es examinar las variaciones en las relaciones de género en la prehistoria, su generación y mantenimiento, así como su sitio en la dinámica social. Propongo que se añada a lo anterior examinar cómo interviene la cultura material tanto en la construcción como en la reflexión de las relaciones de género y, en particular, identificar cómo se inserta el género en los discursos materiales.

He sugerido en otras ocasiones que este desarrollo de una arqueología del género examinante puede propiciar estudios del género cada vez menos distintivos como subdisciplina de la arqueología conforme se entreteje con los aspectos de la disciplina y se integra con sus teorías sociales (Sorensen, 1992). Lo anterior no niega la importancia de la arqueología del género en ninguna de sus múltiples expresiones, sino que más bien debe interpretarse como una señal de "mayoría de edad" y, en tal sentido, como un crecimiento positivo y necesario. Sin embargo, también debe reconocerse que

este cambio de condición implica una apropiación y una legitimización por parte del *establishment*, lo que necesariamente modifica el desafío de la arqueología del género.

ii) La cuestión de la equidad

El deseo y la demanda de visibilidad, incorporación y reconocimiento fueron tema de varios de los argumentos anteriores. Esto hace que las razones presentistas, más que la necesidad de entender a la sociedad, aparezcan como la principal motivación para poner atención en el género. Esto no debería ser así, pues nuestras razones para estudiar el pasado deberían considerarse mucho más amplias que el mero provecho que podemos sacar de ello. De lo anterior se desprenden cuestiones fundamentales acerca de la producción de conocimiento y cómo se está autorizando. Así pues, el interés en la equidad no es trivial; por el contrario, es fundamental para la naturaleza de la cultura disciplinaria. Sin embargo, es importante que la limitación de este tema y nuestros motivos para emprender este tipo de investigación se evalúen de manera crítica. Por lo general, la equidad y la visibilidad se han estudiado de acuerdo con la composición social de la profesión, es decir, quién consigue qué tipo de empleos y quién decide cómo debe verse el pasado. Asimismo, se ha puesto cada vez mayor atención en la forma en que se presenta el conocimiento en los museos y en la identidad propia de la disciplina por medio de sus historias formales y su imagen informalmente aceptada. Por otra parte, cada vez se reconoce más la importancia de las cuestiones del género para entender cómo se modelan los registros arqueológicos y cómo se evalúa el conocimiento. Estos temas son sustanciales como razones para la reflexión crítica dentro de la disciplina y como medio para comprender cómo debe entenderse el género.

Aunque éste ha sido un importante desarrollo, también ha introducido algunas prácticas de investigación limitantes en potencia. En primer lugar, estos enfoques reducen la cuestión del género a un aspecto acerca de la presencia

de la mujer y, al mismo tiempo, se orientan a la visibilidad en lo que respecta a cantidad. Con esto, se pasa por alto que la mujer no sólo era invisible por no estar presente, sino que su invisibilidad era el resultado de la insignificancia que se le asignaba en cuanto a la misión interpretativa de su presencia o representación, ya fuera en empleos o en exposiciones.

*iii) Desarrollos teóricos
y metodológicos recientes*

Se han asociado algunos conceptos y teorías sociales con la arqueología del género. Desafortunadamente, en gran medida se ha hecho sin una evaluación crítica suficiente de esos conceptos y de su pertinencia dentro de la arqueología. Como resultado, con frecuencia no han adquirido una forma y un contenido apropiados para los campos en los que se están usando ahora. Esto significa que existen conceptos básicos, como “el género es un constructo social”, que no se han “traducido” de manera apropiada en arqueología y que, sin embargo, siguen dictando los objetivos que pretende la arqueología del género y cómo lo hace.

El desarrollo de conceptos teóricos centrales es un área nueva e importante de la investigación sobre el género. Se ha pensado que, en particular, urge investigar de nuevo el significado y la significancia de los términos centrales en lo que respecta a nuestra disciplina y a la forma en que pensamos y analizamos. Este proceso sigue en marcha (Dommasness, 1996; Sofaer-Detevenski, en preparación).

Tal vez la propuesta más básica, y que ha causado cierta inquietud en la arqueología, es que el sexo y el género no son lo mismo. La reciente identificación de problemas, en especial sobre la dimensión cultural potencial del sexo y la sexualidad que puede hallarse tanto dentro como fuera de la disciplina, ha complicado la cuestión aún más.

Una premisa central para el desarrollo de la arqueología del género fue la propuesta de que

mientras que el sexo puede ser en menor o mayor grado una característica biológica construida, el género es un constructo cultural. Tal distinción tiene varias implicaciones para la arqueología. Antes que nada, como constructo cultural, el género y con él la política, los papeles y las ideologías del género dependen de los contextos particulares en los que se están articulando y modelando. Así que el género se entiende como un producto de la sociedad y las prácticas humanas, no como una parte de lo que se recibe biológicamente. El género se torna un área de estudio. Forma parte integral e inseparable de otras relaciones sociales, además de vincularse con ellas, y no puede realizarse un análisis completo de la sociedad sin integrar sus relaciones y organización referentes al género. La comprensión de esto ya debería haber tenido una gran influencia en nuestro análisis de las sociedades prehistóricas. El que no haya originado un cambio sustancial en la percepción puede deberse a que las implicaciones no se han reconocido por completo y a que su instrumentación para efectuar un análisis no ha quedado clara. En segundo lugar, el género se ha hecho una identidad compuesta a través de prácticas, actitudes, significados y valores, estructuras que afectan pero que no tienen una forma o materia física en sí. De este modo, por un lado, al arqueólogo se le presenta la propuesta de que el género es cultura y, por otro, parece que se le niega la capacidad para observarlo y analizarlo. En respuesta a este dilema, hemos vuelto al cuerpo sexuado y lo hemos asumido, o bien, se ha ignorado el problema.

Uno de los resultados es que con facilidad el género se reduce a algo que tiene que observarse a través de la persona sexuada de manera individual o se iguala con los objetos asociados con dichas personas en vez de reconocer que se expresa por medio de prácticas y se aprende a lo largo de la vida de cada individuo.

Esto también significa que la investigación se ha enfocado en la cuestión de las diferencias entre el hombre y la mujer, en vez de reconocer las relaciones de género como un importan-

te aspecto dinámico de sus interrelaciones y de la concepción y respuestas de la sociedad a sus diferencias.

Investigar con mayor profundidad la compleja relación entre sexo y género, en vez de darla por hecho o pasarla por alto, nos ayudaría a aprovechar muchos de los potenciales del registro arqueológico. Por ejemplo, en su búsqueda, Sofaer-Derevenski trata el cuerpo como cultura material al verlo como una manifestación de la vida con género de una persona y también examina la idea de que el género es un proceso que incluye la experiencia transformativa del crecimiento (Sofaer-Derevenski, en preparación). Estas reflexiones y su aplicación a los datos arqueológicos apenas han comenzado.

A todas luces, otras propuestas o conceptos (como la negociación del género, el simbolismo del género, la reflexión material del género, la materialidad del género, la relación entre el género y otros principios estructurantes como la edad y la clase) necesitan considerarse en mayor medida antes de que lleguen a ser verdaderamente constructivos para nuestro análisis de sociedades pasadas. Tales estudios detallados están empezando a surgir. Sin embargo, el punto básico, el hecho de que las relaciones de género participaron en el modelamiento y la formación de las sociedades en estudio, que influyeron en la toma de decisiones, originaron prácticas que eran susceptibles de cambiar, aún es cierto y debe incorporarse a las maneras en que abordamos, analizamos y representamos el pasado.

iv) Interpretación del género

En líneas generales, las interpretaciones del pasado que tienen en cuenta el género realizadas en años recientes se caracterizan por estar enfocadas en la mujer y reafirmar su papel e importancia (como investigar la existencia de herreras en el periodo medieval o cuestionar la contribución de la mujer en la obtención de alimento en las sociedades cazadoras y recolectoras). De modo alternativo, se ha empleado un enfoque que abarca el género que analiza la

manera en que las prácticas y actividades reflejadas por un conjunto arqueológico permiten reinsertar a la mujer en esos contextos debido a la dependencia, la interacción y las interferencias mutuas entre actividades realizadas por diferentes miembros de una comunidad, mostrando que las relaciones de género se entremezclan con la vida práctica cotidiana (Conkey, 1992; Sorensen, 1997).

Como considero que la cuestión de la materialidad del género es una de las áreas más prometedoras e importantes, me concentraré en ella en la última parte de este trabajo.

Género y materialidad

La importancia y contribución de la arqueología para los estudios del género proviene tanto de su dimensión única del tiempo como de su entendimiento experto de la cultura material. Así, pese a las influencias obvias de las ciencias sociales en el desarrollo de la arqueología del género, este campo también posee un carácter independiente y, como tal, puede hacer una contribución única. Ahora bien, la liberación de este potencial depende del desarrollo de enfoques identificables al estudio del género basados en análisis de cómo se expresa el género por medio de objetos y acciones y con ellos. Por tanto, los estudios arqueológicos se ocuparán en gran medida del género como un efecto (en el sentido material y político) y un proceso, en vez de como una experiencia o un estado de ser (Sofaer-Derevenski, en preparación).

En general, en los estudios acerca del género se ha brindado una atención limitada a la investigación y el entendimiento de la dimensión material del género como una estructura activa y no sólo como relación reflexiva. Lo anterior contrasta de manera marcada con el acento teórico en la dimensión simbólica del género y sus consecuencias materiales. La laguna que se identifica es significativa porque indica que, en muchas ocasiones, se ha hecho caso omiso de los medios y materiales mediante los cuales se representa el género y se actúa sobre él.

La arqueología cuenta con la experiencia y los conocimientos para confirmar y consolidar los objetos materiales como una dimensión del discurso del género. En realidad, podría sostenerse que en cualquier sociedad la importancia de la diferencia del género se hace más efectiva cuando influye en la redistribución y el acceso a varios recursos materiales. El género como sistema ideacional es significativo, pero se sienten sus efectos y adquiere una importancia crítica cuando la idea de diferencia también dicta su correspondencia con la asignación de ciertos derechos y la prohibición de otros. En su operación, el género usa objetos y acciones, y por medio de esta articulación en el ámbito de lo material, las diferencias de género tienen un efecto adverso. Así pues, en la construcción continua del género los objetos tienen una función creativa, por lo que debe reconocerse que también ocupan una posición fundamental en la dinámica social (Arwill-Nordbladh, 1993: 36).

Sugiero que la arqueología intente enfocar esta relación entre el objeto y las relaciones sociales e investigue de modo explícito la materialidad del género. No es raro observar o suponer el efecto material del género, pero pocas veces se investiga, ni como efecto ni como constituyente de su construcción. Por eso se ha pasado por alto una dimensión significativa tanto para la comunicación como para la experiencia de la diferencia entre géneros, y las formas en que la acción práctica solidifica y le otorga realidades y consecuencias físicas a estas diferencias brillan por su ausencia en el análisis de la construcción y mantenimiento de las identidades y diferencias de género.

El estudio del género también necesita conciliarse con la manera en que trabajan la arqueología y en que las sociedades pueden estudiarse mediante sus registros materiales. Para reconocer todos los potenciales que surgen del compromiso con el pasado, la “cuestión del género” debe contextualizarse e insertarse en la mentalidad disciplinaria de la arqueología. Yo lo veo como una especie de traducción. Una

buen traducción no sólo implica el intercambio de palabras, sino que debe corresponder al cambio de contexto. Considero necesario que la arqueología del género establezca su propia forma, independiente, de trabajo. A mi modo de ver, los puntos centrales subyacentes de la arqueología del género son cómo debe estudiar la arqueología la construcción de individuos con género y, en parte, cómo puede conciliarse la observación de las estructuras a largo plazo y la estabilidad con las nociones de discurso y negociación. Esto significa que debemos reconocer la cultura material como contextos o situaciones constituyentes mediante los cuales resulta afectado el género, pero también que esta relación puede asumir formas diferentes debido a la flexibilidad con que los objetos pueden examinarse. La cultura material, aun las áreas mundanas (como el alimento, el vestido o las estructuras espaciales), constituyen dichos contextos, que pueden contribuir de varias formas a crear y expresar diferencias, pero también crear una dependencia del desempeño repetitivo de diferencia para seguir existiendo. La cultura material proporciona áreas de prácticas y recursos en los que podría efectuarse la negociación del género. Aquí empezamos a examinar el vínculo entre el género y la materialidad, que le otorga al primero una existencia como realidad material con consecuencias en la vida real.

La naturaleza de los objetos

En análisis teóricos recientes, a menudo se ha comparado a los objetos con el texto. Esa asociación se ha hecho en la arqueología (Hodder, 1986, 1989; Olsen, 1997; Tilley, 1990, 1991) y en otras disciplinarias —como la sociología o la lingüística— (Ricoeur, 1971: 538, según Hodder, 1969, XX). No obstante, los objetos difieren de ambos textos, y aunque la metáfora textual ha sido importante para reconocer la función discursiva y comunicativa de los objetos, revisite igual importancia para reconocer las diferencias y entender la manera en que dichos objetos permiten y afectan la expresión de las cuestiones sociales (Hodder, 1989: XXXX).

Muchas de las cualidades específicas del objeto son el resultado de su cualidad física. En primer lugar, esto significa que los objetos son evocadores: “buscan” propietarios, pueden pertenecer y su existencia física puede controlarse y alterarse. Los objetos pueden dividirse, compartir o destruir, pero también pueden ser duraderos. Con facilidad provocan la identificación, son afectivos y funcionan como ayuda para la memoria. Aprovechan la tradición y el reconocimiento y también pueden ser susceptibles de fetichismo. Asimismo, los objetos tienen dimensiones estéticas y producen respuestas y sensaciones.

El lenguaje del objeto es de niveles múltiples: sutil, universal y —al mismo tiempo— específico. Los objetos también crean vínculos y establecen nexos. Pueden transgredir el tiempo y las estructuras, al relacionar lo público y lo privado, o el pasado y el presente, o también pueden servir para romper esos vínculos.

Los objetos intervienen en procesos de transferencia y se usan para operar con ellos. La apropiación de objetos en la vida de la gente forma parte del proceso cultural de crear significados con cosas y por medio de ellas, y el objeto puede ser a la vez público e íntimo.

Los objetos ofrecen puntos de convivencia comunal así como de partida, y la gente construye su identidad mediante relaciones con objetos (Kirkham y Attfield, 1996: 2, 10). Expresan relaciones temporales y recuerdos sociales, pues éstos ocurren y están organizados en respuesta a un mundo de cosas y palabras (Urry, 1996: 50). “En la variabilidad misma de los objetos, en lo ordinario de su consumo y en la riqueza sensorial de las relaciones, la gente disfruta a través de ellos, son adecuados para volver a enmarcarlos más tarde como imágenes materiales para la reflexión y la remembranza” (Radley, 1990: 57-58).

Un buen ejemplo de la función significativa que tienen los objetos en el manejo de las relaciones sociales es el “regalo”. El objetivo del rega-

lo establece o reafirma los lazos simbólicos entre los individuos y “objetiviza” las relaciones sociales. “Objetivizar” las relaciones sociales se torna literalmente la función o el efecto de un regalo, que llega a representar, simbolizar y consolidar la relación. Se externaliza la relación, encarnada en forma física, se hace tangible, adquiere sustancia. De igual modo, la relación se torna “mensurable”, se adorna con nociones de adeudo, reciprocidad y equilibrio.

El objeto en sí no puede resistir su apropiación, su reinterpretación. Por tanto, al estar inserto en la sociedad, no es neutral, nunca es “puro”, despojado de intenciones: está contaminado (Riegel, 1996: 99-100). Está reservado en muchos niveles y se llena de significado (Sorensen, 1998). Puede usarse para fines de resistencia o de subversión, convirtiéndose en un medio de defensa estratégica (Kirkham y Attfield, 1996). En conclusión, el objeto es social y puede producir nociones explícitas de significación y variación. Los objetos tienen que ver con la producción de diferencias e intervienen en la construcción del género, pues proporcionan mensajes contundentes, parcialmente sublimados, mensajes sobre importancia, contribución, papeles y efecto. Influyen en la manera en que nos vemos a nosotros mismos y los derechos a los que suponemos tenemos acceso (Sorensen, 1998).

La anterior es la razón por la que el proyecto de la arqueología del género, además de su programa de examen de las “variaciones en las relaciones de género en la prehistoria, su generación y mantenimiento, así como su lugar en la dinámica social” (Sorensen 1992: 31), debe ampliarse de modo que también se ocupe de identificar dónde y cómo se inserta el género en el discurso de lo material e investigue las consecuencias de su presencia. En este sentido, es útil pensar en la cultura material como un conjunto de recursos (cosas que se están necesitando, deseando y distribuyendo) en las etapas de producción y consumo. Estos recursos constantemente son objeto de varios tipos de distribución, aunque su organización puede

reconocer de manera distinta la intervención del género y de otros principios sociales, y los puntos en que se llega a un acuerdo acerca de sus asignaciones pueden variar (desde las prácticas de rutina hasta las estrategias discursivas o el conflicto abierto). Un aspecto importante es que la intervención de dichos recursos en la construcción de las diferencias de género y la reacción ante éstas hace que dichas diferencias sean tangibles y materiales y, por ende, les otorga una realidad física y efectos reales en la vida y las posibilidades de la gente.

La cultura material es al mismo tiempo activa y flexible, significativa pero no absoluta. El género, como estructura básica de las sociedades prehistóricas, habría aprovechado los objetos como un medio para llegar a ser tangible y significativo para la gente en cuestión. Sin embargo, debido a su durabilidad y a su naturaleza evocadora, los objetos no se limitaban a reflejar las diferencias de género, sino que también intervenían desde el punto de vista discursivo en la creación y la (re)interpretación de la diferencia. Por otra parte, por su capacidad de transgresión, interconexión y simbolismo, los objetos habrían constituido uno de los mecanismos por medio de los cuales las diferencias de género habrían podido permearse la sociedad como un todo y mantenerse y recrearse con el paso del tiempo y los acontecimientos.

La materialidad del género: comunicación simbólica y desempeño práctico

Después de considerar el carácter y las características de los objetos, ahora conviene considerar brevemente la manera en que esto se vincula con la relación entre el género y la cultura material y afecta a la misma. Antes de desarrollar este tema, es importante volver a los argumentos acerca del género como una construcción negociada. El género existe como prácticas y normas discursivas y sólo adquiere realidad, forma y consecuencias conforme dichas prácticas y normas se asocian con el cuerpo y otras materialidades. Ahora esto debe aunarse a una apreciación de las capacidades comunicativas y

las propiedades físicas del objeto. El objeto es un medio por el cual puede operar el género. Hace "real" al género y le proporciona consecuencias materiales. Dicho de otro modo, el género se representa mediante los objetos y sus actividades asociadas. No obstante, estos nexos señalan la existencia de dos dimensiones del género distintas, si bien relacionadas y entrelazadas, en las que interviene el objeto: la comunicación y la práctica. Por ende, los objetos representan el género y lo afectan. En ambos casos, la función del objeto es encerrar un código de diferencia y proporcionar un medio para su reconocimiento y repetición.

Entender el género en lo que respecta a comunicación, la capacidad de simbolización del objeto, y el análisis de cómo adquiere significado son útiles como puntos de partida. Esto es importante porque las frecuentes referencias a la dimensión simbólica del género rara vez se encuentran en los análisis de lo que significa "simbólico" y las formas que asume.

El significado simbólico emplea objetos como "recipiente", aprovechando su cualidad física. La comunicación simbólica funciona mediante prácticas repetitivas de asociación y a partir de la capacidad de los objetos para ser la expresión material de normas e ideas. Los objetos utilizados en relación con un conjunto de actividades pueden llegar a "significar" esas actividades y los contextos en que se realizan (Hodder, 1986: 259). Por medio de prácticas repetitivas, un objeto puede convertirse en un símbolo del concepto abstracto, se hace su forma materializada conforme la experiencia repetitiva da origen a una interpretación de la relación entre elementos. Esto significa que un fenómeno de realidad material se convierte en un fenómeno de realidad ideológica; la cosa se convierte en un signo o un símbolo. Como símbolo, el objeto está lleno de significado, pero en sí no posee un significado, lo que puede interpretarse de varias maneras dependiendo del caso. Mediante el uso de objetos como símbolo, y gracias a su capacidad única para establecer asociaciones y vínculos, dicho significado simbólico pue-

de comunicarse ampliamente, transgrediendo contactos personales, y perdurando a través del tiempo. Además, al proporcionarle un cuerpo al significado, el objeto también contiene y afecta el significado. Los objetos y sus tecnologías constituyen una forma de mantener ambientes culturales significativos simbólicamente (y políticamente). Considero que estas cualidades son clave para entender la duración más allá de los sucesos, contextos y vidas individuales de sistemas de género específicos.

Por tanto, los símbolos creados a partir de la asociación repetitiva entre forma y contexto pueden ser arbitrarios. Sin embargo, el significado simbólico también puede ser producto de la capacidad de los objetos para proporcionar una forma física a las visiones culturales de qué constituye lo femenino y lo masculino, como la asociación común entre fragilidad y femineidad. Asimismo, ciertas formas materiales ofrecen en sí mismas una asociación directa con el género y, por ende, pueden simbolizar el género mediante un conjunto diferente de asociaciones. Éstos suelen ser elementos que hacen referencia directa a las diferencias y características sexuales de la gente, como los senos, la vulva o el pene. El uso de éstos como símbolos ubica el significado de género y/o sexo en su contexto de uso, a diferencia de la producción más extendida de asociación simbólica como resultado de una práctica repetitiva.

Al mismo tiempo, independientemente de cómo se logre la dimensión simbólica, queda claro que la comunicación simbólica sobre género, su diferencia, cualidades y evaluación se desarrollan a partir de prácticas sociales y, a su vez, proporciona información sobre ellas.

La arqueología está familiarizada con estas asociaciones porque es común hallar símbolos explícitos de género o sexo, y con frecuencia pueden inferirse prácticas de asociación recurrentes.

Esto último se observa cuando en un rito funerario se trata a los hombres y a las mujeres de

manera muy distinta o cuando diferentes tipos de objetos son recurrentemente parciales en su asociación con el género. En Europa hay varios ejemplos de dichas diferenciaciones en los ritos funerarios. También abundan los ejemplos de asociación exclusiva entre género y objetos particulares, como la ropa y los adornos, en la documentación arqueológica, lo que ofrece muchas oportunidades no aprovechadas para investigar cómo se construía simbólicamente la diferencia de género y cómo se comunicaba entre las comunidades.

Se ha puesto poca atención al género como parte de la práctica, salvo el interés por la diferenciación de tareas y la organización del trabajo. La dimensión de la materialización del género refiere cómo afecta a éste la acción, lo que nos hace volver a las cuestiones de derechos, obligaciones y recursos. Es obvio que la arqueología del género debe examinar este aspecto de la relación crítica entre el género y la cultura material. Debe investigar la inserción de significado en la manipulación y el uso de objetos y en la acción práctica, teniendo en cuenta las características activas y únicas de los objetos materiales.

Encontramos un punto de partida interesante para considerar esta dimensión en los argumentos de Butler (1993) acerca del género como desempeño y la posibilidad de aplicar esta idea al análisis de la cultura material. Unos cuantos arqueólogos, como Joyce en su estudio del maya clásico (1996), ya se han inspirado en el concepto de género como desempeño de Butler y han intentado aplicarlo de manera más extensa al análisis de la cultura material.

Butler restringe su reflexión al cuerpo como *corpus* material, pero es interesante examinar su argumento central y las imágenes de repetición y prescripción que evocan los términos en diferentes contextos materiales. A este respecto, puede ser útil considerar literalmente el desempeño como una puesta en escena de sucesos, como la representación de un guión (producido mediante codificación de género).

El empleo de objetos en esta representación se torna una especie de bases que en parte dirigen la acción en momentos cruciales y en parte memorizan fases de un proceso. Por ejemplo, en la construcción de las tumbas de la Alta Edad del Bronce en Dinamarca, puede identificarse la secuencia de construcción tal y como se efectuó y marcó mediante la colocación de objetos y la implicación de acciones particulares, como envolver el cuerpo en una piel de res (Sorensen, 1992). Cada vez se están estudiando más montajes secuenciales similares, mediante la deconstrucción de un contexto en una serie de sucesos significativos, en tumbas y cementerios de muchos periodos de la prehistoria europea (Mizoguchi, 1992) y la significación de muchas construcciones secuenciales en estrategias y estructuración sociales ha despertado una gran polémica (Barrett, 1988; *Archaeological Review from Cambridge*, 11: 1). Los objetos y las acciones identifican y memorizan fases en una representación y, además, como un importante efecto de repetición, concretan el código.

Otro aspecto del género como práctica es el grado en que dichas representaciones o desempeños se relacionan con la distribución del poder, incluyendo la creación y el mantenimiento de sistemas de género particulares. Una de las características específicas de los objetos es su capacidad para vincular y transgredir contextos. Esto significa que llegan a representar la tradición, a vincular acciones, significados, sucesos y gente del pasado con el presente. Esta cualidad, entre otras, le otorga a los objetos un papel potencialmente importante en la legitimización del poder y prestigio porque dichas estructuras suelen emplear la tradición y referirse a ella (Giddens, 1981).

Podría pensarse que el acento en la práctica y el poder es un eco del interés marxista por la ideología y la praxis y la distinción entre ellas. No obstante, los análisis actuales de la ideología consideran que esta cuestión abarca más que el interés por la función de la ideología en el mantenimiento de grupos económicos y la

cuestión de los “intereses económicos” se reinterpreta en sí misma, dado que la economía y la política están muy entrelazadas. Por otro lado, el estar conscientes de la ideología y el poder puede hacer que concentremos nuestra atención en cuestiones referentes a la forma en que grupos de constitución particular o individuos pueden ser capaces de rechazar, resistir o manipular el significado de determinados objetos. Por consiguiente, el significado de los objetos sólo puede abordarse mediante un cuidadoso análisis de su contexto de uso. También se ha señalado que los objetos pueden entrañar varios significados para diferentes personas y que la “tradición” transporta significados a través del tiempo, a lo que he llamado *fluidez del significado* (Sorensen, 1992).

Además de esta fluidez, también es cierto que la presencia de relaciones de poder y la capacidad de los objetos para simbolizar y afectar la adquisición y el control del poder implica que el significado de los objetos en relación con el género es negociable mediante la práctica. Así, pienso que esta naturaleza flexible de los objetos, su capacidad para hacer instrumentos de poder, así como sus símbolos, hace que la asociación entre género y la cultura material sea tanto dinámica como crucial para el mantenimiento a largo plazo, la transformación y la reinterpretación de los sistemas de género.

La contribución única (y el desafío) de la arqueología de género se empieza a manifestar como su capacidad para estudiar la cuestión de dónde y cómo ubicar la inserción del género en diversas prácticas sociales. Otro interés afín es cómo se convierte un objeto en un objeto con género. Como hemos dicho, un objeto, ya sea por sus características inherentes o por asociaciones repetitivas, puede adquirir género. No obstante, el significado de su género está sólo latente; para que se haga patente el objeto debe someterse a un estudio interpretativo, lo que implica la introducción de un contexto.

Por último, permítanme subrayar una vez más que el género es una construcción, tiene que

crearse y eso ocurre en un contexto. La naturaleza de dichos contextos varía en gran medida y debemos evitar cerrarlos artificialmente con definiciones. Por ejemplo, el contexto puede ser un sitio, un momento o un suceso, pero también puede ser un conjunto o de un solo tipo, como “espadas” (Sorensen, 1992). Además, la codificación del género forma parte de los procesos mediante los cuales se construye el género y en nuestros estudios debemos evitar dar por sentado que los contextos u objetos en sí tienen género de modo automático y estadístico. Ahora bien, esto no significa un rechazo total de la existencia de ideas tradicionales de objetos con género, por ejemplo, que las espadas son masculinas y los adornos femeninos; más bien lo que se busca es el reconocimiento de su génesis y su condición contextuales. Puede identificarse la inclusión explícita de un objeto en los discursos del género mediante las prácticas asociadas con su uso.

La comprensión de la manera en que influyen las condiciones materiales en la evaluación y el reconocimiento del sexo/género es una adición esencial al análisis teórico de la existencia de estas categorías. En sus consecuencias materiales, el género adquiere una realidad sustantiva. La significación, tanto simbólica como material, de dichas asociaciones entre género y objetos materiales aumenta aún más por la manera en la que suelen expresarse las nociones alternativas de género y/o sexualidad por medio de usos subversivos de la cultura material que ponen en duda su asociación restringida con ciertas categorías de gente (Wamda, 1994: 382). De igual modo, la inversión sustancial en la supresión de dicha alternativa y el esfuerzo que se hace por mantener la forma material de sistemas de géneros particulares pone de manifiesto la importancia que adquieren estos objetos como expresión y representación de un código.

Cuando los objetos se tornan artículos femeninos y masculinos, también se están asociando con nociones relativas a su uso apropiado, y al romper estos códigos, por muy nimios y mun-

danos que parezcan tales objetos, suele producirse inquietud. Como una prueba más de la estrecha vinculación entre el género y los objetos, se ha afirmado que la mayoría de los artículos con código binario son aquellos cuyo uso subversivo perturba más el orden establecido (Kirman y Attfield, 1996: 4; Joyce, 1996). Por ende, la expresión material del género —más que su reflejo— es un elemento activo en la construcción de diferencias que afecta la vida de la gente, la asignación de derechos y responsabilidades dentro de las comunidades, y la prueba y prescripción de las acciones apropiadas. Incluso podría decirse que el género tiene una significación limitada a menos que las diferencias que contiene se relacionen con las evaluaciones que afectan la asignación de recursos y, de ese modo, se convierten en elementos influyentes del discurso social y político.

Se ha señalado aquí que un enfoque arqueológico posterior al proceso, que defiende la naturaleza activa y discursiva de las cosas materiales, es fundamental para la investigación del género y que, en particular, se requiere dicha perspectiva para el análisis de la construcción, el mantenimiento y la transformación del género. Así, se considera que la cualidad física de los objetos, lo que les otorga la capacidad de trascender la vida de los individuos y los límites de los sucesos, proporciona el ambiente material para la reproducción de la sociedad, incluyendo sus ideologías de género.

Hasta el momento, en buena medida las ciencias sociales han pasado por alto este aspecto del género y los potenciales únicos de la arqueología a este respecto y, con ello, han dejado de lado un elemento clave de los procesos con que las comunidades construyen un mundo con género en el cual vivir.

- a
- *Archaeological Review from Cambridge*, 11, I. "In the Mindst of life".
- í
- Arwill-Nordbladh. E.
1994. "Begriper vi begreppen? Om androcentrismen i nagra vanliga analytiska begrebb", en *Meta. Medeltidsarkeologisk Tidskrift* 941, pp. 35-47.
- f
- Barret, J.
1988. "The living and the dead and the ancestors: neolithic and early Bronze Age mortuary practices", en Barrett, J. c I. Kinnes (eds.), *The Archaeology of Context un the Neolithic and Bronze Age: Recent trends*, Sheffield, University of Sheffield, pp. 30-41.
- a
- Butler, J.
1993. *Bodies that Matter. On the Discursive Limits of Sex*, Londres, Routledge.
- r
- Conkey, M. W.
1991. "Contexts of action, contexts for power: Material culture and gender in the Magdalenian", en Gero, J. M. y Conkey, M.W. (eds.), *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*, Brasil Blackwell, pp. 57-92.
- o
- Conkey, M. y Spector, J.
1984. "Archaeology and the study of gender", en *Advances in Archaeological Method and Theory*, 7, pp. 1-38.
- i
- Dommasnes. L. H.
1996. "Gender-a fruitful concep in archaeology?", en *K.A.N. Kvinner i Arkeologi i Norge*, 21, pp. 3-12.
- l
- Engelstad, F.
1991. "Images of power and contradictions: feminist theory and post processual archaeology", en *Antiquity*, 65, pp. 502-514.
- g
- Giddens, A.
1981. *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, Londres, Macmillan.
- i
- Gilchrist, R.
1991. "Women's archaeology? Political feminism, gender theory and historical revision", en *Antiquity*, 65, pp. 495-501.
- b
- Hodder, I.
1986. *Reading the Past*, Cambridge, Cambridge University Press.
 - 1989. "This is not an article about material culture as text", en *Journal of Anthropological Archaeology*, 8, pp. 250-269.
 - Kirkham, P. y J. Attfield
1996. "Introduction", en Kirkham, P. (ed.), *The Gendered Object, I-II*, Manchester, Manchester University Press.
 - Lesick. K. S.
1997. "Re-engendering gender, some theoretical and methodological concerns on a burgeoning archaeological pursuit", en J. Moore y E. Scoll (eds.), *Invisible People and Processes*, Leices- ter, Leicester University Press, pp. 31-41.
 - Lupton, D.
1996. *Food the Body and the Self*, Londres, Sage.
 - Meskeil, L.
1996. "The somatization of archaeology: Institutions, discourses, corporeality", en *Norwegian Archeological Review*, 29, 1, pp. 1-16.
 - Mizoguchi, Koji
1992. "A historiography of a linear barrow cemetery: a structuralist's point of view", en *Archaeological Review from Cambridge*, 11, 1, pp. 39-49.
 - Moore J. y E. Scott (eds.)
1997. *Invisible People and Processes. Writing Gender and Childhood into Euro- pean Archaeology*, Londres, Leicester University Press.
 - Moore, H. L.
1986. *Space, Text and Gender*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Moore, H.
1988. *Feminism and Anthropology*, Cambridge, Polity Press, pp. 12-72.
- 1994. *A Passion for Difference*, Cambridge, Polity Press.
- Olivier, L.
"The tomb of Hochdorf (Baden-Württemberg): some comments on the nature of archaeological funerary material", en *Archaeological Review from Cambridge*, vol. 11, 1, pp. 51-64.
- Olsen, B.
1990. "Roland barthes, from sign to text", en C. Tilley (ed.), *Reading Material Culture*.
- 1997. *Fra Ting til Tekst. Teoretiske Perspektiv i Arkeologisk Forskning*, Oslo, Universitetsforlaget.
- Porter, G.
1991. "Partial truths", en G. Kavanagh (ed.), *Museums Languages: Objects and Texts*, Leicester, Leicester University Press, pp. 103-117.
- 1996. "Seeing through solidity: a feminist perspective on museums", en S. Macdonald y G. Fyfe (eds.), *Theorizing Museums*, Oxford, Blackwell, pp. 105-106.
- Raedley, A.
1990. "Artefacts, memory and a sense of the past", en D. Middleton y D. Edwards (eds.), *Collective Remembering*, 1990.
- Riegel, H.
1996. "Into the heart of irony, ethnographic exhibitions and the politics of difference", en S. Macdonald y G. Fyfe (eds.), *Theorizing Museums*, pp. 83-104.
- Roach, M. E.
1979. "The social symbolism of women's dress", en J. M. Cordwell y R. A. Schwarz (eds.), *The Fabrics of Culture*, Nueva York, Mouton Publishers, pp. 415-424.
- Sandahl, J.
1995. "Proper objects among other things", en *Nordisk Museologi*, 1995, 2, pp. 97-106.
- Scott, J. W.
1986. "Gender: a useful category of historical analysis", en *American Historical Review*, 91, 5, pp. 1053-1075.
- Sofaer-Derevenski, J.
1997. "Engendering children, engendering archaeology", en J. Moore y E. Scott (eds.), pp. 192-202.
- s.f. *Forthcoming Gender Archaeology as Contextual Archaeology, a Critical Examination of the Tensions Between Method and Theory in the Archaeology of Gender*, tesis doctoral, Cambridge University.
- Sorensen, M. L. S.
1992. "Gender archaeology and Scandinavian Bronze Age studies", en *Norwegian Archaeological Review*, 25, 1, pp. 31-49.
- 1998. "Archaeology, gender and the museum", en N. Merriman (ed.), *Making Early Histories in Museums*, Leicester, Leicester University Press.
- Tilley, C. (ed.)
1990. *Reading Material Culture: Structuralism, Hermeneutics and Post-Structuralism*, Brasil Blackwell.
- Treherme, P.
1995. "The warrior's beauty: the masculine body and self-identity in Bronze Age Europe", en *Journal of European Archaeology*, 3, pp. 105-144.
- Uny, J.
1996. "How societies remember the past", en S. Macdonald y G. Fyfe (eds.), *Theorizing Museums. Representing Identity and Diversity in a Changing World*, Oxford, Blackwell, pp. 45-68.

- Wylie, A.
1991. "Gender theory and the Archaeological record. Why is there no archaeology of gender?", en J. M. Gero y M. W. Conkey (eds.), *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*, Brasil Blackwell, pp. 31-54.
1992. "Feminist Theories of Social Power: Some implications for a processual archaeology", en *Norwegian Archaeological Review*, 25, 1, pp. 51-68.

